

EL CORTACÉSPED**Antonio Javier González Pérez**

Estimados Sr. Presidente y Junta Directiva, técnicos en general, aquí les presento el informe solicitado en relación a la desaparición de Alberto Torrens, empleado de la entidad, cuya función laboral ha venido siendo la de cortacésped. Hasta la fecha, y ya ha pasado una temporada sin que hayan dado con su paradero, no ha habido un solo indicio que nos pueda llevar hasta él. Como verán, el informe consta de una sola hoja: en blanco. De seguir así el curso de los acontecimientos, cebándose en el equipo tanta mala suerte, nos veremos obligados a pensar en tomar medidas que vayan más allá de lo meramente deportivo. Podrá parecer descabellado por mi parte, pero no estoy viendo otra salida a este entuerto que recurrir al mundo del esoterismo, la santería, la magia blanca, o cualquier tipo de conjuro que rompa esta racha. Hemos pasado de jugarnos el campeonato de liga a ver de refile la promoción, sin otro motivo aparente que la marcha de Alberto.

Estuve presente en aquella reunión, como jefe del equipo de mantenimiento del estadio, y hoy la recuerdo con especial cariño, ya que logré convencerlos y volvimos a ser un equipo campeón.

Desde mi punto de vista, comenté cuando fue solicitada mi opinión, debemos concentrarnos en la profesionalidad de Alberto y dejar a un lado el don premonitorio que como un plus Alberto poseía, seguramente aportado por su dolencia o por coincidencias a las que difícilmente encontraremos justificación. No supimos ni apreciar ni valorar el tratamiento que él le daba al césped y tan solo en la última temporada, previa a su ausencia, el equipo se interesó en él por sus cábalas, pero nunca tuvo un solo detalle sobre el esmero en su actividad laboral. Lo dije en aquella primera reunión a la que asistí para tratar la sustitución, momentánea en aquellos días, de Alberto al mando de la cortadora de césped, pero mi petición fue tomada a la ligera.

Con toda seguridad, continué, a los más jóvenes de este Consejo no les asista la memoria. Alberto es hijo de barbero y a su vez, hasta donde a mí me alcanza su historia, nieto de barberos. Cuando la entidad decidió construir en esta zona el estadio llegó a un acuerdo con su familia, que ya ocupaba en ese entonces la que hoy conocemos como “la esquina del tembleque”, por la confluencia de corrientes de aire que hay en ella. A la fama como cortadores de pelo que precedía a la familia de Alberto, en aquel barrio a las afueras de la ciudad, se le sumó la opinión de la nueva clientela, que aprovechaba la compra de entradas o los previos al partido para pasar por la tijera.

Alberto fue un niño enfermizo, flaco, desgarbado, de orejas abanadas, con unos brazos largos cuyos codos siempre molestaban al padre en la barbería, cuando llevaba las manos metidas en los bolsillos. Los continuos tropiezos con los codos del hijo fueron haciéndose cada vez más molestos para el padre. A esta incomodidad había que unir las esporádicas ausencias de Alberto que, en función de las corrientes de aire que doblaban la esquina, lo transfiguraban, quedando por espacios de tiempo indefinidos, como hipnotizado. Estos tiempos muertos acababan en convulsiones si las masas de aire que chocaban en la esquina contenían algo de carga eléctrica. Sin embargo Alberto tenía sus adeptos, quienes preferían ser pelados por sus manos; admiraban su meticulosidad en el tratamiento del material, la innovación en los cortes, y cómo con esos dos cañizos que salían de sus hombros y ayudado por el espejo era capaz de cortar cualquier cabellera sin moverse.

Fue el padre, harto de compartir su espacio aéreo con los codos de Alberto, quien lo propuso como cortador de césped, y así entró a formar parte de nuestra plantilla cuando éramos varios los que a pie pasábamos los cortacéspedes. Al final de aquella su primera temporada, el resto de la cuadrilla convino que Alberto tenía un don especial para cortar la hierba; ya fuera el esmero con que cuidaba las cuchillas o el movimiento que le imprimía a la podadora, se notaba la parcela de la que él se encargaba. Tuve la oportunidad de intimar con él, contento tras verse libre de su padre y cansado del constante recelo que éste profesaba a su madre por el color habana que desde su nacimiento acompañó a Alberto. Color que a las claras desentonaba con el de su supuesto progenitor, a lo que su madre quitaba hierro alegando un ancestro cubano por parte del abuelo del niño.

Cuando vino la primera máquina a motor, hubo que redistribuir al personal, y quedó Alberto encargado del corte. Me preguntó si tendría algún inconveniente en colocar su amuleto preferido con él en la cortadora, y desde ese día para nosotros pasó a ser Alberto de Porres en honor a San Martín, limeño de tez morena, patrón de los peluqueros, que él llevaba orgulloso en cada poda.

Este vínculo entre lo religioso y la capacidad de adivinación que tenía Alberto es lo que nos ha confundido. Conmigo lo demostró, por primera vez, en la final de copa, cuando le pedí que me pelara. El riego por aspersión dejó de funcionar y tuvimos que saltar al campo antes del pitido inicial. Te voy a dejar sin perfilar esta oreja, me dijo, pero antes te voy a decir cómo va a terminar el partido. Al final del mismo me senté ante el espejo para que acabara su labor con las tijeras, y levantándome el mechón de pelo por cortar pude ver el 3-2 con el que acabó el partido. Han sido muchas las cabezas de futbolistas que pasaron por sus manos y de todos ellos siempre oí expresiones de asombro. Ésta es la más reciente y corresponde a nuestro número diez: Me encanta cómo Alberto me corta el pelo, lo hace como si éste creciese en una pompa de jabón, pero también me da miedo porque a través de sus cortes es capaz de adivinar lo que pienso, como si tuviera una bola de cristal en sus manos.

En mi opinión este tipo de visiones se fue agudizando en las últimas temporadas conforme crecieron los rascacielos en esta zona de la ciudad y las nuevas corrientes de aire originadas le provocaban más ausencias y alguna que otra convulsión. Antes de desaparecer me comentó que estaba siendo estudiado por un neurólogo. Prueba del incremento en este tipo de trances es que fuimos los primeros en presentar el terreno de juego con dibujos, que gracias a los cortes proporcionados por Alberto al césped, eran capaces de simular cuadrados, rombos e incluso olas. Luego fue más lejos y consiguió rotular en tonos de verdes los escudos de los equipos contendientes, hasta que su capacidad de adivinación se concretó públicamente cuando acertó el resultado final del partido, dejándolo impreso en la alfombra verde, antes de empezar el partido.

La Federación tomó cartas en el asunto y Alberto quedó al margen de las sanciones tras mi defensa ante esta Junta Deportiva, dada la importancia que había adquirido en el juego del equipo y que a todas luces nadie valoró en su justa medida. La International Board nada dice en relación con el corte de césped, pudiéndose realizar en línea recta, círculos, etc. siempre que se ajuste a la normativa vigente. Sin embargo, habla claro sobre la imposibilidad de hacer con el corte logotipos, publicidad comercial o emblemas, a menos que éstos se hallen como mínimo a un metro de distancia del terreno de juego. Alberto escribió el marcador final del encuentro. La opinión pública se dividió entre quienes valoraban su capacidad de acierto y la influencia que ese tipo de mensaje podría tener en el equipo contrario.

El tratamiento informativo dado a la noticia por el club desvió la atención hacia el papel poco deportivo que juegan en la contienda algunos recoge pelotas, así como locutores y delegados de campo, siguiendo instrucciones del equipo de casa, y todo se resumió en la advertencia dada a Alberto para que no cometiera tal estupidez.

La propuesta que traje a esta misma mesa, hace un año, sobre la trascendencia de Alberto para nuestro equipo está basada en los siguientes hechos: Uno.- Nuestro estadio fue una de las sedes del Campeonato Mundial de Selecciones y se dieron los resultados más extraños, alegando los jugadores no adaptarse al campo. Solo algunos futbolistas extranjeros radicados en nuestra liga lograron dar pie con bola, deslumbrando entre ellos los fichados por nuestro club. Dos.- Cada vez que hemos cambiado de entrenador, las estadísticas de los primeros diez partidos jugados en casa son demoledoramente negativas, argumentándose la falta de adaptación de los jugadores al nuevo sistema propuesto por el míster de turno, pero yo les invito a pensar si realmente se sustenta esa idea cuando hablamos de jugadores de tanta categoría profesional. Tres.- El testimonio personal que he ido obteniendo de cuantos laterales, extremos y centrocampistas han pasado por nuestro club temporada tras temporada, así como de jugadores de otros equipos, siempre concluye en la alabanza de cómo rueda el balón en nuestro campo.

La explicación a estos hechos radica en el virtuosismo de Alberto en el manejo de las cuchillas podadoras, que le facilitaban un trato a cada hebra de césped como si de cabello se tratara. Ensayaba diferentes cortes cada vez que se cambiaba el balón oficial, hasta conseguir el mejor deslizamiento. A este corte básico le añadía otros en función de las preferencias tácticas de los entrenadores, lo que le llevaba unos tres meses el

conseguirlo. Así, tenía distintos cortes si en el banquillos se sentaba un amante del fuera de juego, del marcaje por zonas o al hombre; un entrenador con preferencias por el contraataque o por la presión en campo contrario. Con determinados entrenadores y jugadores llegó a crear sectores de corte en función de las zonas específicas por donde desarrollan los jugadores su juego, y hasta logró añadir un corte especial en áreas donde las jugadas tácticas son decisivas.

Son muchos los aquí presentes que se mofaban de él. A mí me demostró de lo que era capaz con una cortadora el viernes previo a su último partido. Me invitó a dar la vuelta al campo. No vi nada especial hasta que, llegados a la Esquina del Tembleque, me hizo sentar en un asiento en concreto. Corría una ligera brisa. Solo desde allí se podía obtener la perspectiva desde la que apreciaría su trabajo. Cada una de las áreas grandes, correspondientes a las porterías, parecía una maleta dispuesta para el viaje, y había convertido el círculo central en el iris de un gran ojo verde representando el punto central una pupila blanca, que a su vez incluyó en un triángulo, dibujando de esta forma el símbolo de Dios. Cuando vio mi cara perpleja me dijo: Ha llegado la hora de irme.

Debió volver a coger la cortadora el domingo antes del partido. Con ella nos dejó atónitos. En medio campo un “Hasta siempre”, y en el otro, los símbolos de una quiniela cuyos encuentros empezaron todos a la misma hora. Única combinación que resultó millonaria esa jornada. Desconozco si Alberto ha plantado su residencia en un paraíso fiscal o si ha donado el dinero, si está vivo o muerto, pero les aseguro que nunca más lo volveremos a ver. Espero que mis palabras hayan servido para clarificar mi petición, de la cual se mofaron como lo hicieron de él, pero este club no volverá a ser uno de los grandes hasta que no consigamos un cortacésped con la calidad de Alberto.